

No. 10 - Mayo - 1953



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO II

La cordura

Leopoldo Lugones

Si quieres ser gigante,
sé hombre. Toma ejemplo de la gota
que espeja el firmamento
en su cristalina forma.
El firmamento está en ella,
y ella es igual al firmamento ahora.
Haz como ella: llénate de cielo
y sigue siendo gota



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia
Directora:
EVANGELINA GAMBOA
Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
VILMA HERRERA MADRIZ
San José — Costa Rica

Sumario:

La cordura	1
Pregón	2
El gato y el loro	3
Rubén Darío	7
Cosas del Cid	8
Meñique	10
Adivinanzas	14
Página de los niños	15
Quien fuera	16

MAYO 1953
NUMERO 10

Maderas: Francisco Amighetti.
Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:
¢ 0.20

Pregón

¡Vendo nubes de colores
las redondas, coloradas,
para endulzar los calores!
¡Vendo los cirros morados
y rosas, las alboradas,
de crepúsculos dorados!
¡El amarillo lucero,
cogido a la verde rama
del celeste duraznero!
¡Vendo la nieve, la llama
y el canto del pregonero!

Rafael Alberti.



El gato y el loro

Había una vez un gato y un loro. Convinieron en invitarse mutuamente a comer, una vez cada uno. Al gato le tocaba primero hacer la invitación, y lo que sirvió fué un litro de leche, un pedacito de pescado y una galleta. El loro era muy bien educado para quejarse por la comida, pero la verdad es que no estaba contento.

Cuando llegó su turno, preparó una comida muy buena para invitar al gato: asó un lomo de ternera, recogió una cesta de frutas, hizo una tetera de té, y mejor aún, horneó una gran cantidad de pastelitos, unos pastelitos redondos, morenos y tostados. Por todos eran quinientos! Figuraos que llenó de pasteles una canasta de guardar ropa limpia. Y sirvió al gato cuatrocientos noventa y ocho pastelillos y no dejó para sí más que dos.

Bien, el gato comió el asado y bebió el té; chupó bien las frutas y la emprendió contra los pastelillos... y en un decir amén se los comió todos, cuatrocientos noventa y ocho!

Cuando terminó, se volvió hacia el loro y le dijo:

—Tengo hambre. ¿No tienes algo más que darme de comer?

—Tengo mis dos pastelillos—contestó el loro, tan admirado de verlo comer, que no había pensado en torcarlos.

—Si quieres los pastelillos...

El gato se los comió; luego lamiéndose el hocico, dijo:

—Comienzo a sentir apetito. ¿No tienes algo más que darme?

—Muy bien— respondió el loro que principiaba a enfadarse,— no veo nada más, a menos que me quieras comer a mí también!

Apenas hubo dicho esto el loro, cuando el gato se lamió el hocico, lo abrió y pas, pas, traga tragando, el loro pasó al estómago del gato.

Una viejita que le había servido la mesa, y a quien chocara la conducta del gato se puso a decir:

—¡Gato!, ¡gato! ¿Cómo es posible que hayas comido a tu amigo el loro?

—¡Loro! ¡Muy bien!, replicó el gato. ¿Qué es para mí un loro? Me dan ganas de comerte a ti también, y pas . . . pas, traga tragando, la viejita pasó al estómago del gato.

Luego se fué a la calle, muy echado para atrás, lleno de orgullo, aunque no había por qué. Encontró a un hombre que conducía a un asno. El hombre le dijo:

—Hazte a un lado, minino, voy precisado y mi asno puede pasarte por encima.

—¡Asno! ¡Muy bien!—dijo el gato.

—¿Qué es para mí un asno? Me he comido quinientos pastelillos; me he comido a una vieja; ¿Por qué no me voy a comer también a un hombre y su burro? Y pas . . . pas, traga, tragando, el buen hombre y su asno pasaron al estómago del gato.

Siguió su camino muy echado para atrás. Más allá encontró la boda del rey. El rey iba adelante, con su manto nuevo, y con su esposa de la mano; tras él seguían los soldados; luego una larga fila de elefantes alineados de dos en dos. Como el rey acababa de casarse, estaba de excelente humor y dijo al gato con muy buen modo:

—Hazte a un lado, minino; mis elefantes pueden despanzurrarte.

—¡Despanzurrarme! ¡Muy bien!—dijo el gato echándose todavía más para atrás. ¡Jo! ¡Jo! Me he comido quinientos pastelillos; me he comido a mi amigo el loro; me he comido a una vieja; me he comido a un buen hombre y su asno. ¿Por qué no me voy a comer a un miserable rey y a todo su cortejo?

Y pas . . . pas, traga tragando, el rey y la reina, todos los soldados y todos los elefantes pasaron al estómago del gato.

Luego siguió su camino, no muy ligero, porque deveras que estaba lleno por esta vez. Un poco más lejos encontró dos cangrejos que marchaban de medio lado, tan ligero como les era posible.

—Pasa al otro lado minino,—le gritaron.

—¡Jo! ¡Jo! ¡Jo!—rió el gato con unas carcajadas terribles.

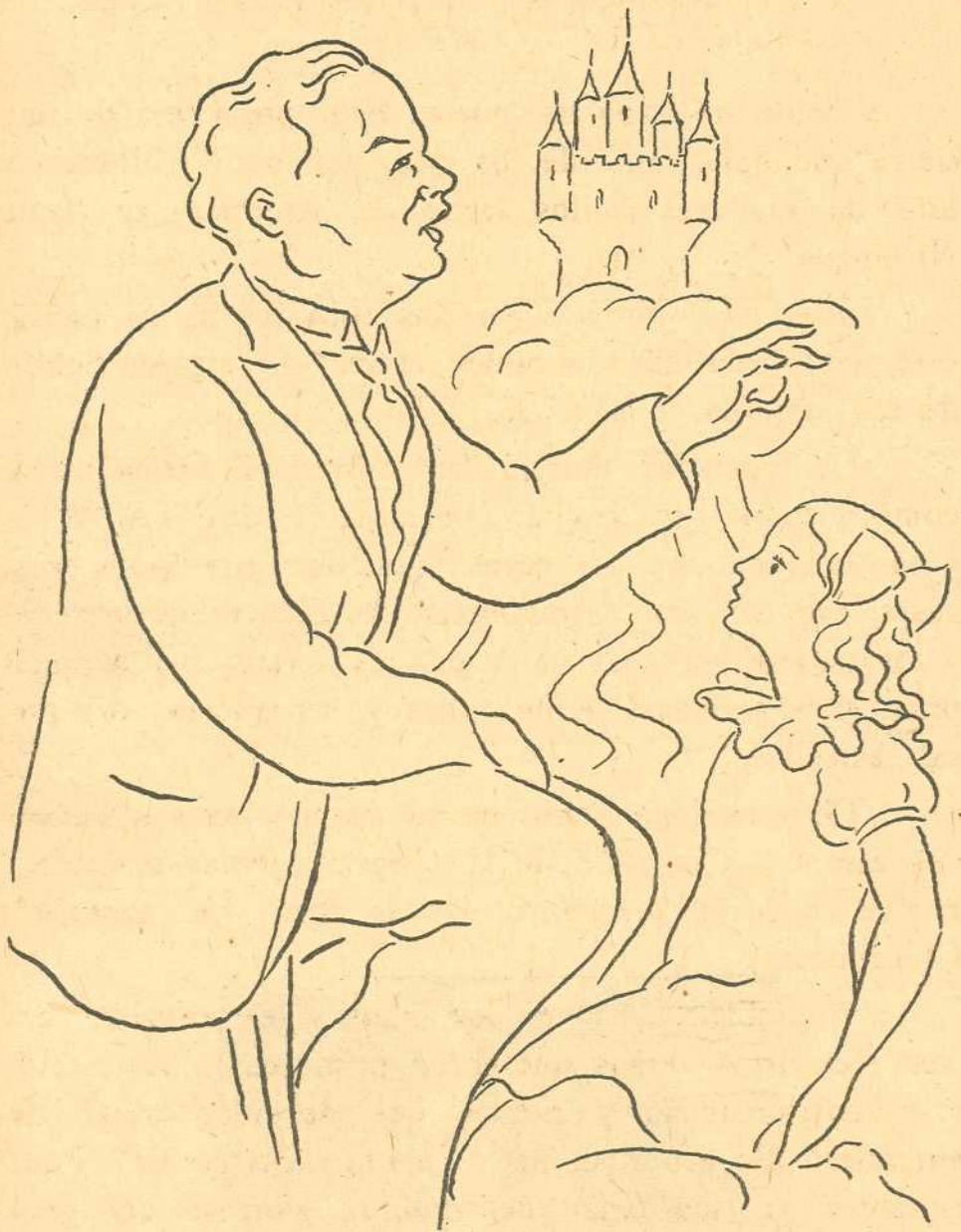
—Me he comido quinientos pastelillos; me he comido a mi amigo el loro; me he comido a una vieja; me he comido un buen hombre con todo y su asno; me he comido al rey, a la reina, a los soldados y a los elefantes. También os voy a comer. Y pas, pas, traga tragando, los dos cangrejos pasaron al estómago del gato.

Cuando los cangrejos llegaron al estómago se pusieron a mirar en torno suyo. Estaba muy oscuro; pero al cabo de un momento, pudieron ver al pobre rey sentado en el suelo, con la reina desmayada en los brazos. En torno suyo los soldados majándose los pies unos a otros y los elefantes que en vano trataban de alinearse de dos en dos, pues no había campo. En un rinconcito estaba la viejecita y a su lado el buen hombre con su asno. En otro rincón estaban los quinientos pastelillos, unos encima de otros, y en el cucurucho, posado sobre el último pastel, el loro con las plumas erizadas.

—Hermano, dijo uno de los cangrejos, pongámonos a la obra, y ss, ss, ss, comenzaron a abrir con sus pinzas un huequito por un lado del gato; y lo fueron haciendo más grande y más grande, ss, ss, ss, hasta que por fin pudieron pasar. Salieron, y detrás siguieron el rey con la reina en los brazos, luego los soldados, luego los elefantes de dos en dos; luego la viejita, el buen hombre con su asno, y por último, el loro, con un pastelillo en cada pata, ya sabéis, él no quería más de dos.

Y el gato tuvo que quedarse todo el día zurciéndose el agujero para aprender a no ser tan glotón.





RUBEN DARIO

[Sanchez, Juan Manuel]

RUBEN DARIO

Había una vez un poeta. Este poeta era de una tierra que tiene uno de los más hermosos volcanes y uno de los más bellos lagos de América: se llama Nicaragua.

Y tal vez por eso, por los encantos de su patria, este poeta escribió admirables versos que siguen siendo de los mejores de siempre.

Le gustaban mucho las cosas de Oriente, así como a todos nos deleitan los cuentos de "Las Mil y Una Noches", con sus reyes y sultanes, sus lindas princesas, sus lámparas maravillosas, las fuentes que cantan y los pájaros que hablan. Y en sus versos hay también princesitas graciosas, ricos palacios, ruiseñores, mariposas, estrellas.

Pero también pensó en su tierra y en sus humildes campos, y escribió de la "alegre y fresca mañanita" en su finca nicaragüense, de la "rica en naranjas" Chinandega.

Y también pensó en los niños y les escribió versos. Hermosos versos que dicen primores y que encierran cosas buenas y nobles que debemos tratar de entender: ¿Se acuerdan del "Cuento a Margarita"? Pues entonces se acordarán del nombre glorioso del gran poeta: ¡Rubén Darío!

Recordémoslo siempre con admiración y cariño, porque llevó el nombre de su Nicaragua y de América por todo el mundo, en la música de sus versos inmortales.

Cosas del Cid

Rubén Darío.

Cuenta Barbey, en versos que valen bien su prosa,
una hazaña del Cid, fresca como una rosa,
pura como una perla. No se oyen en la hazaña
resonar en el viento las trompetas de España,
ni el azorado moro las tiendas abandona
al ver al sol el alma de acero de tizona.

Babiéca, descansando del huracán guerrero,
tranquilo pace, mientras el bravo caballero
sale a gozar del aire de la estación florida.
Ríe la primavera, y el vuelo de la vida
abre lirios y sueños en el jardín del mundo.
Rodrigo de Vivar pasa, meditabundo,
por una senda en donde, bajo el sol glorioso,
tendiéndole la mano le detiene un leproso.
Frente a frente el soberbio príncipe del estrago
y la victoria, joven, bello como Santiago,
y el horror animado, la viviente carroña
que infecta los suburbios de hedor y de ponzoña.

Y al Cid tiende la mano el siniestro mendigo,
y su escarcela busca y no encuentra Rodrigo.

—¡Oh, Cid, una limosna!—dice el precito.

—¡Hermano, te ofrezco la desnuda limosna de
mi mano!—

Tal es el sucedido que el Condestable escancia
como un vino precioso en su copa de Francia.
Yo agregaré este sorbo de licor castellano:

Cuando su guantelete hubo vuelto a la mano
el Cid siguió su rumbo por la primavera
senda. Un pájaro daba su nota de cristal
en un árbol. El cielo profundo desleía
un perfume de gracia en la gloria del día.
Las ermitas lanzaban en el aire sonoro
su melodiosa lluvia de tórtolas de oro;
el alma de las flores iba por los caminos
a unirse a la piadosa voz de los peregrinos,
y el gran Rodrigo de Vivar satisfecho,
iba cual si llevase una estrella en el pecho.
Cuando de la campaña aromada de esencia
salió una niña vestida de inocencia,
una niña que fuera una mujer, de franca
y ángelica pupila, y muy dulce, muy blanca.
Una niña que fuera un hada, o que surgiera
encarnación de la divina Primavera.

Y fué al Cid y le dijo: "Alma de amor y fuego,
por Jimena y por Dios un regalo te entrego:
esta rosa naciente y este fresco laurel".
Y el Cid sobre su yelmo las frescas hojas siente;
en su guante de hierro hay una flor naciente,
y en lo íntimo del alma como un dulzor de miel.



Meñique

Continuación.

—Pues aquí me tiene—dijo Meñique.

Y sin el menor susto tomó la cáscara de nuez, la envolvió bien en musgo fresco para que no saliera agua, la puso en su gran saco de cuero, y se volvió por donde vino, saltando y cantando.

—¿Ya sabes de dónde viene el agua?—le grito Pedro.

—Sí, hermano; viene de un agujerito.

—¡Oh, a este amigo se lo come el talento! ¡Por eso no crece!—dijo Pablo, el paliducho.

—Yo he visto lo que quería ver, y sé lo que quería saber—se dijo Meñique a sí mismo. Y siguió su camino frotándose las manos.

III

Por fin llegaron al palacio del rey. El roble crecía más que nunca, el pozo no lo habían podido abrir, y en la puerta estaba el cartel sellado con las armas reales, adonde prometía el rey casar a su hija y dar la mitad de su reino a quien quiera que cortase el roble y abriese el pozo, fuera señor de la corte, o vasallo acomodado, o pobre campesino. Pero el rey, cansado de tanta prueba inútil, había hecho clavar debajo del cartelón otro cartel más pequeño, que decía con letras coloradas:

«Sepan los hombres por este cartel, que el rey y señor, como buen rey que es se ha dignado mandar que le corten las

orejas debajo del mismo roble al que venga a cortar el árbol o abrir el pozo, y no corte, ni abra; para enseñarle a conocerse a sí mismo y a ser modesto, que es la primera lección de la sabiduría».

Y alrededor de este cartel había clavadas treinta orejas sanguinolentas, cortadas por la raíz de la piel a quince hombres que se creyeron más fuertes de lo que eran.

Al leer este aviso, Pedro se echó a reír, se retorció los bigotes, se miró los brazos, con aquellos músculos que parecían cuerdas, le dió al hacha dos vuelos por encima de su cabeza y de un golpe echó abajo una de las ramas más gruesas del árbol maldito. Pero en seguida salieron dos ramas poderosas en el punto mismo del hachazo, y los soldados del rey le cortaron las orejas sin más ceremonia.

—¡Inutilón!—dijo Pablo; y se fué al tronco, hacha en mano, y le corto de un golpe una gran raíz. Pero salieron dos raíces enormes en vez de una. Y el rey furioso mandó que le cortaran las orejas a aquél que no quiso aprender en la cabeza de su hermano.

¡Pero a Meñique no se le achicó el corazón, y se le echó al roble encima,—¡Quítenme a ese enano de ahí!—dijo el rey—! y si no se quiere quitar, corténle las orejas!

—Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, señor rey. Yo tengo derecho por tu cartel a probar mi fortuna. Ya tendrás tiempo de cortarme las orejas, si no corto el árbol.

—Y la nariz te la rebanarán también, sino lo cortas.

Meñique sacó con mucha faena el hacha encantada de su gran saco de cuero. El hacha era más grande que Meñique. Y Meñique le dijo: «¡Corta, hacha, corta!»

Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó las ramas, cercenó el tronco, arrancó las raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y tanta leña apiló del árbol en trizas, que el palacio se calentó con el roble todo el invierno. Cuando ya no quedaba del árbol una sola hoja, Meñique fué donde estaba el rey sentado junto a la princesa, y los saludó con mucha cortesía.

—¿Dígame el rey dónde quiere que le abra el pozo su criado?

Y toda la corte fué al patio del palacio con el rey, a ver abrir el pozo. El rey subió a un estrado más alto que los asientos de los demás; la princesa tenía una silla en un escalón más

bajo, y miraba con susto a aquel hominico que le iban a dar por marido.

Meñique, sereno como una rosa, abrió su gran saco de cuero, metió el mango en el pico, lo puso en el lugar que marcó el rey, y le dijo: «¡Cava, pico, cava!».

Y el pico empezó a cavar, y el granito a saltar en pedazos, y en menos de un cuarto de hora quedó abierto un pozo de cien pies.

—¿Le parece a mi rey que este pozo es bastante hondo?

—Es hondo; pero no tiene agua.

—Agua tendrá—dijo Meñique. Metió el brazo en el gran saço de cuero, le quitó el musgo a la cáscara de nuez, y puso la cáscara en una fuente que habían llenado de flores. Y cuando ya estaba bien dentro de la tierra, dijo: «¡Brotó, agua, brotó!».

Y el agua empezó a brotar por entre las flores con un suave murmullo, refrescó el aire del patio, y cayó en cascadas tan abundantes que al cuarto de hora ya el pozo estaba lleno, y fué preciso abrir un canal que llevase afuera el agua sobrante.

—Y ahora—dijo Meñique, poniendo en tierra una rodilla—¿cree mi rey que he hecho todo lo que me pedía?

—Sí, marqués Meñique—respondió el rey;—y te daré la mitad de mi reino; o mejor te compraré en lo que vale tu mitad, con la contribución que les voy a imponer a mis vasallos, que se alegrarán mucho de pagar porque su rey y señor tenga agua buena; pero con mi hija no te puedes casar, porque esa es cosa en que yo solo no soy dueño.

—¿Y qué más quieres que haga, rey?—dijo Meñique, parándose en las puntas de los pies, con la manecita en la cadera, y mirando a la princesa cara a cara.

—Mañana se te dirá, marqués Meñique—le dijo el rey;—vete ahora a dormir a la mejor cama de mi palacio.

Pero Meñique, en cuanto se fué el rey, salió a buscar a sus hermanos, que parecían dos perros ratoneros, con las orejas cortadas.

—Díganme, hermanos, si no hice bien en querer saberlo todo, y ver de donde venía el agua.

—Fortuna no más, fortuna—dijo Pablo. La fortuna es ciega, y favorece a los necios.

—Hermanito—dijo Pedro,—con orejas o desorejado creo que está muy bien lo que has hecho, y quisiera que llegara aquí papá para que te viese.

Y Meñique se llevó a dormir a camas buenas a sus dos hermanos, a Pedro y a Pablo.

LA REVISTA FAROLITO OBSEQUIA

a los niños de las escuelas

₡ 100.00

EN PREMIOS

¿Quiere usted ser el afortunado? Participe en el

Concurso de Composiciones y Dibujos

Los siguientes premios para los mejores trabajos:

2 premios de ₡ 20.00 cada uno

2 premios de 10.00 cada uno

8 premios de 5.00 cada uno

Entre los niños que no reciban uno de esos premios se rifarán
25 OBSEQUIOS

Los trabajos deben ser hechos por los niños, sin la colaboración
de los padres o maestros.

Las composiciones y los dibujos pueden referirse a motivos
familiares, escolares o relacionados con la localidad, o a otros,
escogidos por los niños.

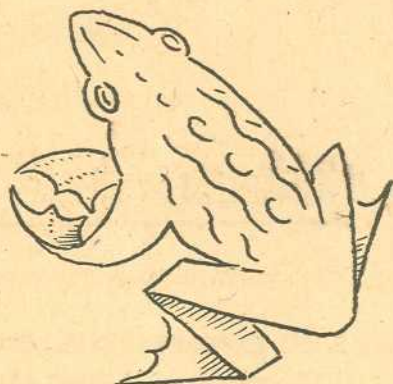
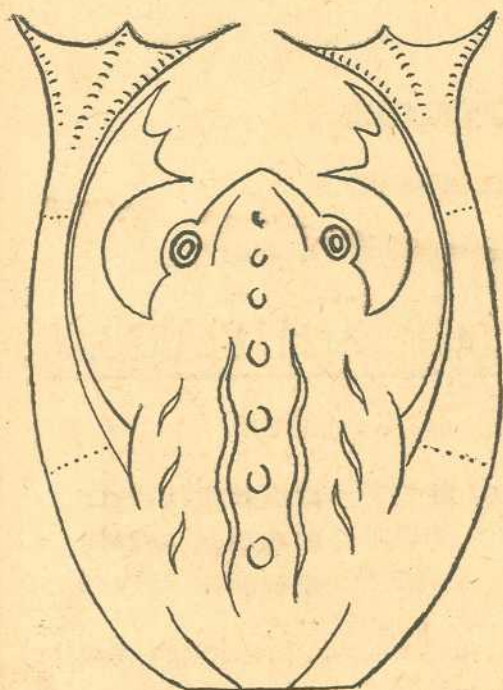
Las composiciones pueden escribirse en prosa o verso.

Los dibujos pueden ser hechos con lápices de colores, tizas de
colores, ocre o acuarelas.

EL CONCURSO PERMANECERA ABIERTO DESDE EL
1º de Mayo al 15 de Junio, inclusive.

La dirección para el envío de trabajos es la siguiente:

Srta. Vilma Herrera,
Administración de la revista "Farolito",
Jefatura Técnica,
Ministerio de Educación Pública,
San José.



EL SAPITO

Recortamos el sapito en cartón flexible y lo coloreamos. Si empleamos el color verde, será su hermana la ranita. Se doblan las patas traseras por las líneas de puntos, y las delanteras se curvan un poco.

ADIVINANZAS

1.

La última soy del cielo,
con Dios en tercer lugar,
me embarco siempre en navío
y nunca estoy en la mar. ,

2

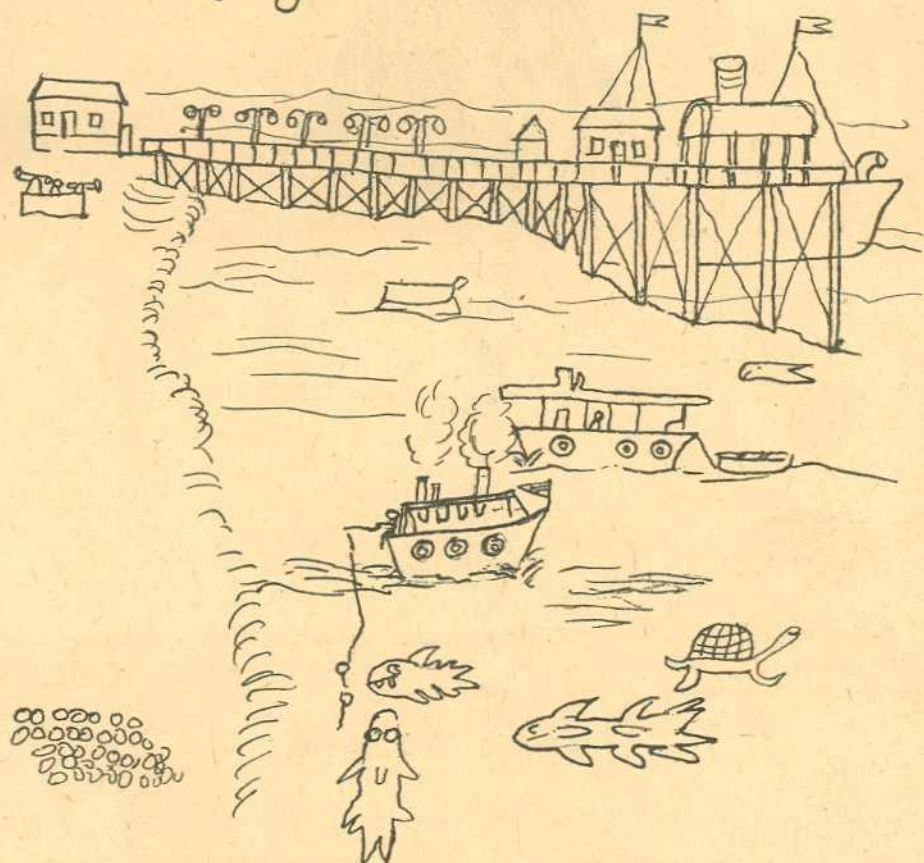
¿Qué cosa tiene el molino
precisa y no necesaria,
que no molerá sin ella,
y no le sirve de nada?

Soluciones a las adivinanzas del número anterior:

1.—La cebolla.

2.—El gato y el ratón.

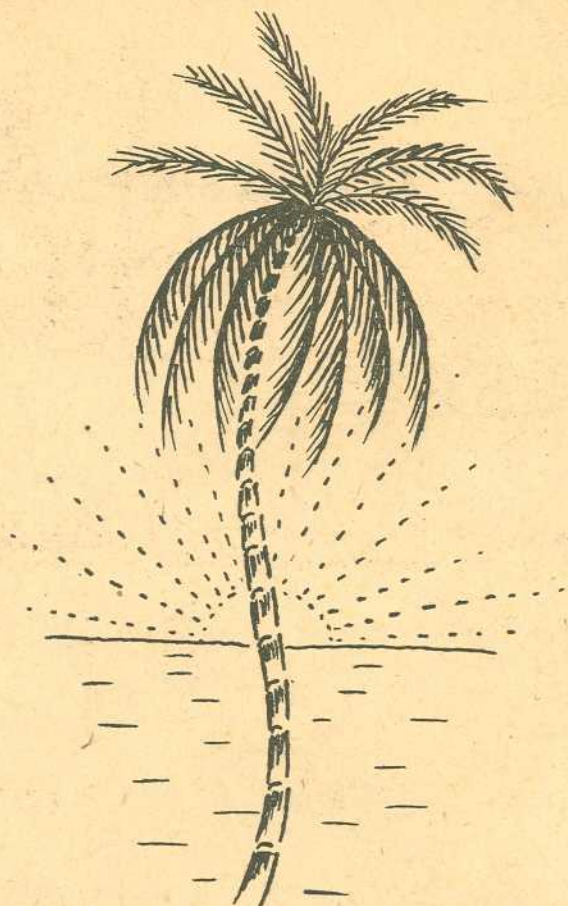
La excursión a Puntarenas



Yo fui al muelle y vi una lancha, una gasolina, un barco, el tren y unos hombres trabajando. Fuimos por la playa. Después fuimos al parque y al mercado. Nosotros almorzamos donde Fray Casiano.

Enrique Benavides - II Grado.

Escuela de Miramar. 19 Agosto 1952.



Quien fuera

¡Quién fuera
como tú de sencilla,
palmera,
palmera de la maravilla!

¡Quién fuera como tú
de cantora,
palmera,
palmera de la nueva aurora!

¡Quién fuera como tú
de galana,
palmera,
palmera de la mañana!